

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á **una peseta** semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

**Marzo de 1887**

**Año II**

**N.º 15**

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; **Barcelona**

## LA REFORMA DEL CÓDIGO PENAL

**T**ENÍAMOS un Código penal que, por lo visto, no era suficiente garantía para la conservación del orden y no satisfacía las exigencias de la justicia.

Tan grande debía ser esa deficiencia, que nuestros gobernantes impusieron á nuestros legisladores la tarea de remendar ese Código roto y maltrecho, que, según parece, permitía que los actos injustos pasasen como lícitos, y sus autores pudiesen codearse y alternar en sociedad con aquellos otros que practican la justicia sin intermitencias.

Y como es de ley, y, si no, como es de uso parlamentario, la parte responsable del poder ejecutivo mandó, ó, si se quiere, encargó al legislativo que reparase tan grave falta.

Hállanse nuestros legisladores divididos en dos categorías, Congreso y Senado, llamadas cuerpos colegisladores ó Cortes. Desígnase á la primera con el nombre de cámara popular: á ella van los elegidos por el voto directo de los electores, que lo son hoy todos aquellos burgueses, poseedores injustificados de la riqueza pública, ó que por el monopolio del comercio y la industria, imponen un tributo á los artículos de consumo como mediadores entre el consumo y la producción; en tiempos de sufragio universal nombran legisladores de esta clase hasta los mismos explotados y espoliados. Supónese que en esta cámara dominan ciertas ligerezas, ciertos ímpetus apasionados, y por esto todos nuestros hombres de Estado, desde Cánovas á Pi, convienen en que no pueden elaborarse las leyes en una sola cámara. Al Senado se le designa con el nombre de alta cámara, y forman parte de él los descendientes de determinados linajes, los designados por el poder ejecutivo, los que desempeñan ciertas elevadas funciones y los nombrados por compromisarios ó electores elegidos con poder de elegir. En tiempos y países en que se practica el sufragio universal, la alta cámara se nombra toda por compromisarios, ó se busca la manera de que resulten elegidos gente sensata y de orden, porque lo que conviene sobre todo es que los fundamentos sociales no corran el riesgo de ser destruídos por una caterva de apasionados reformadores, por falta del necesario contrapeso de la gente madura y que tiene qué perder.

Nuestro poder legislativo, harto condescendiente con el ejecutivo, condescendencia motivada en que éste es el dispensador de las ricas prebendas con que el Estado remunera á sus servidores, tomó á su cargo la reforma del Código, invirtiendo los términos, es decir, empezando por la cámara



moderadora, y convirtiendo su moderación en un radicalismo ultramontano y reaccionario. Todos los cerebros cobijados bajo las lustrosas y venerables calvas de nuestros senadores no han sabido ver otro remedio para los males que experimentamos que restringir la libertad de la prensa, castigar la blasfemia y prohibir el trabajo en las fiestas católicas. La cámara popular, faltando por esta vez á su principal carácter, tendrá que moderar el radicalismo del Senado, á menos que el gobierno exija de su mayoría que aplaste con sus votos la pobre vitalidad de ese viejo y achacoso parlamentarismo, cosa que no dejará de hacer, por aquello de no perder cada legislador su puesto en el presupuesto ó sus esperanzas de alcanzarlo.

De modo que un Parlamento así constituído prepara nada menos que una reforma al Código penal, cosa estupenda como proyecto y efímera como base. Porque hemos de reconocerlo; si el parlamentarismo se fundara en más racionales principios, el pensamiento de nuestros gobernantes y legisladores sería relativamente menos malo; pero siendo lo que es, figúrese el lector dónde iremos á parar.

No sirve el parlamentarismo para estas cosas.

Un código penal formado ó reformado en un parlamento es un edificio cimentado en la arena.

Todas las razones expuestas durante la discusión contra los preceptos legales que no hayan podido ser refutadas por razones mejores, quedan en pié, á pesar de los votos de la mayoría.

Todas las infracciones al precepto legal quedan apoyadas por aquella razón ahogada por una mayoría parlamentaria.

Todos los castigos impuestos por infracciones de ese género son un crimen legal.

Y toda sociedad que sobre tales bases se sustente carece de todo positivo y racional arraigo, y se halla necesariamente asediada por las reivindicaciones revolucionarias.

Un código penal sólo puede ser obra de un poder personal y absoluto. Sólo un ungido con el óleo santo, acatado indiscutiblemente por todos sus vasallos, puede traducir su pensamiento y su voluntad en leyes; porque su mandamiento es sagrado, y ante él no puede haber mayorías satisfechas ni minorías descontentas: todos son iguales ante la servidumbre.

Así, y sólo así, se explica y se ejerce la autoridad.

Autoridad y libertad son términos opuestos é irreductibles, y todos los ensayos de nuestros políticos burgueses se dirigen al absurdo de fundar una autoridad con elementos liberales ó de conceder libertades derivadas de principios autoritarios.

Comprendemos un bando firmado por un capitán general en plaza declarada en estado de sitio y el pregón ordenado por un alcalde de monterilla; pero no podemos explicarnos, porque no tiene explicación racional, que la arbitrariedad, la rutina, ó el interés de clase se impongan como ley por los representantes de la nación, después de una discu-



sión en que una mayoría parlamentaria, dispuesta á apoyar incondicionalmente á un ministerio, niegue la razón con sus votos.

Si examinamos el asunto desde otro punto de vista, hallamos que la legislación pretende derivarse de lo que se llama *ciencia del derecho*.

En el Diccionario encontramos estas definiciones: *Ciencia*.—Sabiduría de las cosas por principios ciertos como los de las matemáticas. *Derecho*.—El conjunto de leyes y principios que se pueden hacer cumplir por la fuerza.

Si la legislación tuviese una base científica todos los países tendrían un régimen idéntico, ó al menos las diferencias no serían esenciales sino únicamente en relación con el respectivo grado de cultura. El salvaje que sólo puede contar hasta diez y el matemático de nuestra civilización que resuelve los más intrincados problemas, parten de un mismo principio; pero entre el salvaje que sacrifica á un prisionero de guerra para comérsele y el hombre civilizado que honra al extranjero con espíritu fraternal hay una distancia inmensa, aunque ambos practiquen el derecho á su manera. Las ciencias que se saben por principios ciertos como los de las matemáticas se saben exactamente del mismo modo en todos los países que alcanzan el mismo grado de conocimientos, sin que altere en lo más mínimo esta sabiduría la distancia ni la diferencia de raza, de lengua, de religión ni de régimen político. Dos y dos son cuatro aquí y en la Patagonia; pero la manera de transmitir la propiedad por herencia, no sólo es diferente en todas las naciones, sino que en España tenemos derecho catalán, castellano, vasco, etc., etc., etc.

Es legislador en el sistema parlamentario todo el que goza de capacidad política: puede desconocer la ciencia del derecho, puede profesar otra ciencia, puede ser un artista, un industrial, un comerciante, puede hasta no saber leer ni escribir. La ciencia del derecho sólo la cursa el que ha de cumplir las prescripciones del legislador. El caso es por demás raro. Así tenemos que si el derecho fuese verdaderamente ciencia sería una ciencia al revés, toda vez que las ciencias se forman por el estudio y la observación de los que la profesan, y en el caso que nos ocupa, manejan esa ciencia algunos centenares de burgueses puestos al servicio de unos cuantos ministros, de los cuales alguno ha tenido la llaneza de declarar que no entendía de leyes y que no se hallaba dispuesto á morir de empacho de legalidad.

De modo que si toda ciencia ha de partir de principios ciertos como los de las matemáticas, la ley no es de procedencia científica; y si el derecho es un conjunto de arbitrariedades, sólo se podrá imponer por la fuerza mientras exista la fuerza á su servicio, nunca por la evidencia racional ni menos por la persuasión.

De modo que la ciencia del derecho puede en justicia ser considerada como el conjunto de sofismas y arbitrariedades que han servido en todas las naciones para ejercer la tiranía, y la ley, como la imposición de la voluntad de aquel ó de aquellos que ejercen el poder político.

Y si esto es así, ¿pueden corregirse los abusos del poder político cam-



biando de nombre y de forma á ese mismo poder? No; sólo se conseguiría que la arbitrariedad cambiase de objeto y de sujeto. Quédese esa ilusión para los que sueñan en corregir los males políticos de la sociedad con la democracia; es decir, con el gobierno del pueblo, ó, para decirlo mejor, con la autoridad de la libertad, espejismo con que nuestros republicanos tratan de seducir á los incautos trabajadores, y que han querido imitar los iniciadores del partido obrero.

Y aquí deberíamos terminar nuestro trabajo, encaminado á demostrar la nulidad racional de las tentativas de reforma del Código penal así como los fundamentos de toda legislación, consecuentes con las doctrinas acráticas que se dirigen á la negación de todo gobierno y de toda ley; mas para que no se diga que somos eminentemente demoledores y que sólo presentamos negaciones, queremos terminar por una afirmación.

¿Con qué sustituirá el proletariado ácrata la autoridad, ó sea la arbitrariedad dominante? Con el libre pacto, el cual si es eficaz para regular equitativamente las relaciones y transacciones de los individuos entre sí, es igualmente eficaz y justo para determinar las de las colectividades, y por consiguiente tiene alcance y condiciones suficientes para constituir el más firme y justo sostén de la sociedad.

No detallamos más esta afirmación final por hoy, tanto porque ya conocen nuestros lectores nuestro criterio sobre este punto, como porque deseamos que domine el valor de nuestras negaciones.—L.

#### DESEQUILIBRIO ECONÓMICO-SOCIAL

EL estudio de los problemas sociales es, sin duda alguna, de tanta importancia, y va de tal manera unido al progreso y bienestar de la clase productora, que no podemos menos de reflexionar sobre ellos, y de estampar algunas consideraciones sobre tan árida cuestión.

Nadie se atreverá á negar, llámese individualista ó socialista, conservador ó revolucionario, autoritario ó liberal, que existe una dinámica social del mismo modo que existe una dinámica física. La dinámica es la ciencia de las leyes que regulan las fuerzas, y la naturaleza de las cosas exige que las fuerzas sociales no estén exentas de esta ley.

En el actual sistema de producción se ha pretendido hallar el equilibrio económico por medio de la concurrencia. Pero la concurrencia sin igualdad de medios es como el concurso de varias fuerzas en distintas direcciones y con diversa potencia, que producen un movimiento opuesto al que cada una se propone. Para probarlo, bastará recordar un poco nuestra historia económica. Remontémonos á la época durante la cual los decretos reales reglamentaban las corporaciones y fijaban los precios de los salarios y de los objetos. No hubo en esta época ni nivelamiento general ni estímulo de ninguna especie; en suma, no hubo ni verdadera ni libre concurrencia.

Hoy mismo sucede que, un gran número de empresas mercantiles é industriales han tomado proporciones tales, que sólo pueden subsistir



en forma de monopolio. Tampoco hallaremos ninguna época de la historia contemporánea que pruebe que las sociedades han evolucionado bajo las leyes de la libre concurrencia; á menos que no se quieran confundir las manifestaciones de los poseedores de la riqueza con los actos de espontaneidad posible para la inmensa mayoría de los ciudadanos. Para que existiera verdadera concurrencia, hubiera sido indispensable que antes existiese verdadera igualdad.

Por fortuna, algunos economistas han reconocido ya los perniciosos efectos de la concurrencia absoluta y del desorden en la producción. La concurrencia, aplicada al actual orden económico, podrá ser un principio excelente, pero producirá muchos daños. La división de clases se irá acentuando, y en vez de encontrar la paz se hallará la guerra. Los pobres serán cada vez más pobres y los ricos serán constantemente más ricos.

De todo esto, dos hechos evidentes, palpables, universales, se nos ofrecen al considerar la sociedad humana desde el punto de la división de clases.

De una parte la clase obrera condenada á un trabajo manual duro y pesado, y con frecuencia harto grosero, pero indispensable para la existencia de la humanidad; y por otra parte la clase burguesa, predestinada, por un estado social inicuo, á los estudios y trabajos superiores de la inteligencia humana. En buena lógica, trabajos manuales é intelectuales deberían confundirse, como resultado forzoso de la alianza entre la teoría y la práctica.

Por desgracia no sucede así: el antagonismo existente entre la clase burguesa y la clase trabajadora conduce á la primera á un sinnúmero de enfermedades tales como á la locura y á las afecciones neuropáticas, como resultado de los estudios especiales superiores. En las clases trabajadoras se observa marcada tendencia al idiotismo y al cretinismo por defecto del ejercicio de las facultades intelectuales, no siendo otra la causa que la mala organización de los trabajos agrícolas é industriales y del monopolio de las ciencias humanas por el Estado, como consecuencia inevitable de la pésima organización social en que vivimos.

En una palabra: el empleo prolongado del trabajo manual engendra la atrofia intelectual en los obreros, mientras que, en los de la inteligencia, el mismo sistema ha producido el deterioro físico.

Tal estado de cosas imposibilita de todo punto la permanencia del equilibrio que tanto deseamos.

Por consiguiente, cuando la sociedad ha perdido su equilibrio por resultado de este desorden económico y el orden moral se halla comprometido, bien sea por exceso de autoridad ó por mala comprensión de la libertad, sólo puede hacerse una cosa: estudiar un nuevo medio social más conforme con las demostraciones de la Sociología, y esforzarse en todos conceptos á que los trabajadores le presten atención.

Los economistas y los políticos de todos matices no pueden resolver el problema. Todos sus actos están llenos de incertidumbre. A cada paso



que dan la luz que los ilumina se oscurece y amenaza extinguirse: á pesar de sus esfuerzos no les es dable descubrir sino un corto número de soluciones contradictorias, en medio de las cuales la clase productora fluctúa sin cesar desde hace cincuenta años.

Y tampoco puede suceder otra cosa. Teniendo en la sociedad actual la justicia exigencias contrarias á las del interés y el interés aspiraciones contrarias á la justicia, necesariamente la burguesía y su lugarteniente el gobierno, han de buscar soluciones funestas para el proletariado, ya que su única aspiración consiste en dejar subsistentes los privilegios de que indebidamente disfrutan.

Habrà, pues, lucha, discordia y sufrimiento mientras los hombres tengan que buscar su bienestar con detrimento del de los otros. Estas luchas y agitaciones dolorosas subsistirán, mientras no se busque el equilibrio y la paz social en un cambio radical que convierta á todos los seres humanos en productores libres y autónomos para la consecución de todos los fines de la vida humana.

Y para que el equilibrio social sea sólido y duradero, á más de las grandes instituciones económicas libres, que han de formar la base de la sociedad, no se puede permitir que la mayoría de los hombres ignoren, como sucede hoy día, sus derechos y, por ende, sus deberes, á fin de que cada productor tenga conciencia de su personalidad; de lo contrario, si no tuviere noción precisa y concreta de todas estas cualidades, el hombre no podría menos que dejarse arrastrar por sus pasiones y sería un azote para la sociedad y para consigo mismo.

Dada esta verdad capital, que sirve de base á la sociedad en sus relaciones morales, únicamente el conocimiento cada día más profundo de la verdadera naturaleza de la sociedad, acompañado de todas las garantías económicas que la misma le ofrezca, puede asegurarnos la paz y el equilibrio social.

Y no crean los hombres pensadores que, al aceptar las teorías de la escuela colectivista para restablecer el equilibrio social, forjen para la sociedad del porvenir las cadenas de la esclavitud. Los pueblos sólo van á la decadencia por dos caminos: por el de la miseria y por el de la degradación. La eficacia del Socialismo consiste en cerrar ambos caminos. Enseña á los hombres á que se rijan por sí mismos por medio de la libertad, y les asegura este tesoro por medio de la propiedad colectiva, y la integridad del producto individual como base sólida de los demás derechos individuales.

Las doctrinas del Socialismo son, indudablemente, el origen de todos los sentimientos nobles, de todos los sacrificios generosos, de todas las esperanzas revolucionarias. Sostener lo contrario es desconocer el fin del Socialismo. Así, pues, sólo pueden aborrecerlo los que no lo conocen, mientras los que están imbuídos en su esencia saben perfectamente que esta doctrina es para la sociedad el principio de todos los verdaderos progresos, de todas las instituciones sabias y beneficiosas, de todas las libertades sólidas y duraderas.



Y si á pesar de todo esto, el Socialismo no es la aspiración total de los trabajadores, cúlpese á sus eternos enemigos, á los conservadores de siempre, á la burguesía, que ha logrado tergiversar sus conceptos y presentarlo á la sociedad moderna bajo falsas tendencias y aspiraciones. A nosotros toca mostrarle bajo su verdadero aspecto, y tal como es y ni más ni menos de lo que es: nos corresponde restituirle su legítima influencia, para que lo comprendan los trabajadores y se apresuren á profundizarlo, si es que quieren intervenir como clase social en los grandes debates de la inteligencia, y, quizá más tarde, en los grandes combates de la fuerza para inclinarla hacia el lado del Derecho y de la Justicia.

No hay que hacerse, pues, ilusiones. El equilibrio sólo puede restablecerse por la revolución. Y la revolución es la que ha de evitar los grandes desastres del desequilibrio actual producido por la burguesía. Por lo tanto, no hay más que un medio: cambiar las condiciones sociales en que el hombre vive; dar á cada productor los medios de encontrar en ellas el bienestar en el cumplimiento del deber; prescindir de la esperanza en otra vida mejor (para mejor afirmar el derecho en ésta); acabar con la miseria y el hambre, y por ende con el servilismo; dar al traste con todas las formas de gobierno, cuyo objeto es oponerse al progreso de toda iniciativa individual y colectiva, so pretexto del mantenimiento del orden; acabar con todo privilegio divino y humano, y rechazar enérgicamente toda injusticia. Mientras que el Socialismo revolucionario no pueda realizar esta completa transformación de la sociedad, subsistirá la oposición radical entre las fuerzas mismas que la mueven, resultando de todo esto la tiranía inevitable, el desequilibrio permanente, los derechos individuales un mito y la verdadera libertad imposible.—V.

#### CARIDAD Y SOLIDARIDAD

**L**A Sociedad es un medio hallado por el hombre para completar la satisfacción de sus necesidades.

Sin ella, falto de los poderosos recursos de la ciencia, del arte y de la industria, vegetaría el hombre ignorante, rudo y miserable, como uno de tantos seres de la escala zoológica.

Con ella, por la agrupación ordenada y metódica de todas las inteligencias y de todas las actividades, completada por la justa distribución de todos los productos, puede el hombre alcanzar la plenitud de su sér y brillar libre y feliz como corresponde al que llena debidamente las facultades todas de su existencia.

Desgraciadamente no fué posible al hombre recién salido de la evolución de especies inferiores, hallar la fórmula de la sociedad perfecta, y formó unas agrupaciones rudimentarias, incapaces de facilitar el progreso y desconocedoras de toda noción de justicia.

Fundada la sociedad primitiva con tal grado de imperfección, sentiríanse necesariamente deseos de reforma, impulsados por aspiraciones más ó menos justas y racionales, constituyendo ese cúmulo de trastor-



nos, guerras y revoluciones que integran la historia, á través de las cuales se ve cómo avanza el progreso con paso lento y seguro.

Mas si todos los regímenes sociales en que la sociedad ha vivido fueron imperfectos y como consecuencia tuvo su origen el progreso, los que sintieron y comprendieron la existencia del mal, trabajaron necesariamente para destruirle ó al menos para atenuarle.

Los hombres de sentimientos generosos que vieron el mal como un hecho fatal sin elevarse al estudio de sus causas, y por consiguiente sin poder abrigar la esperanza de su destrucción absoluta, se detuvieron en la práctica de la *caridad*. Jesús el Nazareno, al recomendar la caridad á sus discípulos, les dijo: «Siempre habrá pobres entre vosotros.»

Los hombres justicieros que vieron el mal como un resultado de la organización defectuosa de la sociedad, y esperaron la sociedad justa y perfecta de la reciprocidad del derecho y del deber, inauguraron la *solidaridad*. Los fundadores de la Asociación Internacional de los Trabajadores, al propagar la organización de todos los desheredados del patrimonio universal, escribieron este sacrosanto lema: «No hay deberes sin derechos, no hay derechos sin deberes.»

Es, pues, la *caridad* un paliativo inútil, hijo de la ignorancia, que aplica el remedio á una dolencia que cree incurable.

Es la *solidaridad*, á la vez que un recurso del momento, una protesta contra la injusticia y una promesa de reivindicación.

Pero la *caridad*, aunque ineficaz ante el fin que se propone, pretende avasallar todo, se atribuye un origen divino y aspira á que todos los hombres sean caritativos, y en ese concepto perpetúa la iniquidad y se opone á la justicia.

Y la *solidaridad*, por cuanto afirma y ampara el derecho de todos, dignifica á los individuos, fortalece á las colectividades, y, aunque de origen puramente humano y aun plebeyo, es por esto mismo perfectamente racional y constituye un poderoso elemento para la práctica de la justicia.

Son *caritativos*, cuando no hipócritas, los que conformándose con la doctrina de su maestro quieren que siempre haya pobres oprimidos, explotados é ignorantes, y por consecuencia, tiranos y explotadores.

Son *solidarios* los que, rechazando la caridad, quieren para todos la participación en el patrimonio universal y se agrupan en acrática organización para combatir la sociedad del error y establecer los fundamentos de la sociedad científica.

La *caridad* socorre, á lo sumo, al individuo menesteroso; pero no tiene siquiera una palabra de consuelo para la colectividad sometida á un régimen tiránico que convierte en víctimas á la inmensa mayoría de sus componentes, antes predica la sumisión y adula al tirano llamándole representante de la divinidad.

La *solidaridad* acoge bajo la protección del derecho á cuantos la aceptan y niega su acatamiento á la tiranía.

La caridad es injusta y reaccionaria.

La solidaridad es justa y progresiva.—L.



## LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

## III

EN nuestras primeras observaciones hicimos notar el hecho de que la actividad de la sociedad halla su expresión en cinco elementos.

El primero de estos elementos, *la tierra*, ya lo hemos estudiado aunque muy sucintamente. Fáltanos ahora ocuparnos de los otros cuatro, trabajo, capital, cambio y seguro.

Antes, sin embargo, de tratar la cuestión del trabajo, necesitamos decir algo más sobre el problema de la tierra y reclamar un momento de atención hacia la diferencia que existe entre la *propiedad* y la *posesión*.

Las únicas ideas que han prevalecido hasta el presente en el mundo respecto á la condición económica y social del pueblo, son aquellas que siempre han propagado y mantenido los economistas políticos de varias escuelas, y aunque no es mi propósito emprender una acalorada discusión acerca de sus méritos y demeritos relativos, yo desearía grandemente que nosotros, como trabajadores que tenemos que luchar por nuestra propia emancipación, conociéramos sucintamente la posición que los economistas ocupan en la cuestión de la tierra relacionada con el problema del trabajo, puesto que así conoceremos mejor también los males que nos agobian y podremos evitarlos eficazmente y por completo.

Los antiguos no sabían nada de economía política, ó, como la llaman hoy erróneamente, de «la ciencia de gobernar.»

Unos cuantos sentimientos morales y lugares comunes es cuanto se puede hallar inquiriendo acá y allá entre sus obras literarias.

Cierto que Aristóteles en sus obras había señalado las grandes ventajas de la división del trabajo, haciendo notar de paso el hecho de la transición del cambio al uso de la moneda y también la diferencia entre el valor y la utilidad.

Platon en su *República* dió una reseña de lo que creía que podía ser la sociedad. Es posible que se hallen en estas sugerencias los gérmenes de la ciencia social moderna, pero ni han sido continuadas ni investigadas las leyes que suponen.

La prosperidad de Génova, Venecia y Toscana, que excitaba la envidiosa rivalidad en todas las partes de Europa, y la supremacía comercial que durante cuatro siglos había conquistado gradualmente la Liga Anseática, permitió al hombre estudiar primero el asunto, y hoy ocupa un lugar en la literatura de Italia, España, Francia é Inglaterra desde el siglo xvi en adelante.

Europa por este tiempo se revolvía contra todo proyecto de monarquía universal. Este fué el periodo de la historia de las nacionalidades. Reinados soberanos é independientes, con sus lenguas y su literatura nacionales, se repartieron entre sí la superficie de Europa. Así las circunstancias de los tiempos dieron forma á estos estudios, y los escritores de la escuela *mercantil*, como hoy se le llama, aguzaron su ingenio para descubrir los medios de enriquecer á su nación á la vez que buscaban la manera de empobrecer á todas las demás.

Puede decirse que esta fué la primera escuela que procuró descubrir las leyes de la ciencia social.

La segunda fué la de los economistas ó fisiócratas, fundada por Quesnay, bajo el reinado de Luis XV. Esta escuela sostuvo que el trabajo agrícola producía más que lo consumido por el agricultor y su familia, y que este sobrante era el origen de toda la riqueza.

Benjamín Franklin pasó á ser ministro de Francia cuando las enseñanzas de los fisiócratas se abrían paso en la opinión y se convirtió en sectario y discípulo de Quesnay. Esta escuela sostenía que era mejor ser ciudadano del mundo entero que de un determinado país cualquiera.

La tercera escuela economista fué fundada por Adam Smith, profesor escocés, amigo también de Quesnay, el escritor francés. Esta escuela es llamada erróneamente *industrial*. Hubiera sido más adecuado designarla con el título de *comercial*, porque enseñaba el egoísmo y defendía como verdad que si el individuo puede hacer con lo suyo lo que le acomode, no importa como lo



haya adquirido, y utilizarlo de la mejor manera posible para que le proporcione los más pingües beneficios, la sociedad obtendrá también el mayor fruto deseable.

Así defiende calurosamente el monopolio, la opresión de los pobres por los ricos, y todo el tren de males que le siguen.

El gran trabajo de Adam Smith, *Investigación de la naturaleza y orígenes de la riqueza de las naciones*, vió la luz en 1776, y en 1778 R. T. Malthus publicó su *Ensayo sobre la población*, que planteó el problema bajo el punto de vista opuesto, la pobreza de las naciones. Malthus fué miembro del partido *tory* ó conservador, esto es, del partido aristocrático, en aquel tiempo de disturbios políticos, cuando los empobrecidos trabajadores de Europa eran llamados al gobierno para explicar las causas de la mala policía que les llevaba á tanta miseria. Malthus se consagró á este estudio de la condición económica en que tal miseria se producía para tapar la boca á los llamados agitadores, demostrando que el gobierno, es decir, la aristocracia no había contribuído en nada á esta miseria, sino que provenía de causas ajenas á las clases gobernantes. Encontró, como nadie ignora, que la causa de la miseria era el excesivo crecimiento de la población, que daba lugar á la superioridad del número de individuos sobre los medios de subsistencia, lo cual sólo podía ser neutralizado permanentemente por la abstención de las clases bajas y por su renuncia voluntaria á procrear. Demostró, pues, que la población crece según una razón geométrica, mientras las subsistencias solamente crecen en una razón aritmética. Esto es, que en tanto la humana especie crece como los números 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, etc.; las subsistencias crecen según los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, etc. Desde el punto de vista de Malthus, la condición del pueblo solamente puede cambiar del ocio á la miseria; tanto cuanto avanza hacia la felicidad, otro tanto se abandona al porvenir, y su crecimiento numérico lo reducirá siempre á la pobreza y ocasionará años de escasez que seguirán inmediatamente á los de abundancia.

Así la aristocracia, los monopolizadores de la tierra, echaron la culpa de la existencia de la miseria á causas naturales ajenas á su influencia.

Algo después apareció otro economista, David Ricardo, del partido *whig* ó liberal, que llevó la investigación más adelante, y procuró explicar la desigualdad de condiciones económicas que dividen á la sociedad en clases, declarando que no tenía su origen en causas naturales é inevitables, sino que provenía de los efectos de un monopolio artificial, el arrendamiento de la tierra. Sostiene Ricardo que los que han sido bastante afortunados para obtener la posesión de los mejores suelos ó terrenos de una comarca constituyen una clase privilegiada que vive en la holganza, sobre el trabajo de los demás, en virtud de la renta que se hacen pagar por el uso de las fuerzas naturales de aquellos terrenos.

Así podemos ver á la aristocracia de la sangre que monopoliza la tierra culpando á las causas naturales de ser el origen de nuestros males, mientras que la aristocracia del dinero, la burguesía, que monopoliza los instrumentos del trabajo, acusa á los monopolizadores de la tierra de ser el origen de aquellos males.

Podemos, pues, afirmar, que una cuarta escuela de la economía política, puede aún ser fundada y que llevará de hecho el nombre de *industrial*. A fin de crearla, los industriales mismos, los obreros, deben continuar su obra, marchar siempre adelante y consagrar al asunto toda la atención y el estudio necesario para que puedan establecer las leyes que rigen las relaciones económicas de la humanidad. Y esto ha de ser hecho concentrando por completo la atención en todos los fenómenos que se presentan en el dominio industrial de la actividad humana. Y probablemente una de las cosas más fundamentales que tenemos que considerar ante los argumentos de los economistas referentes al arrendamiento de la tierra, de donde provienen todas las demás, es la diferencia, de que he hablado hace un momento, entre la propiedad y la posesión.

Hay dos diferentes maneras de poseer una cosa, ó mejor dicho, hay dos puntos de vista distintos para apreciar la propiedad; esto es, la propiedad y la posesión, entre los cuales hay una diferencia sutil, que precisa definirse diciendo que es la fuente de todos los errores de los que defienden el derecho de propiedad como de los que lo combaten, pues proviene de la confusión del uno con el otro.



El significado etimológico de la palabra *propiedad*—lo que es propio de uno—indica claramente que el hombre es el propietario de todo lo que es *suyo* ó sea inseparable de su sér, sus sentidos, sus órganos, sus facultades, sus conocimientos adquiridos, etc., pero no de aquellas cosas que le son exteriores, que no van unidas á su sér. Puede *poseer* estas últimas, pero no apropiárselas, asimilárselas.

Todas nuestras nociones respecto á la propiedad descansan en las antiguas leyes comunales de Inglaterra que á su vez provienen de la ley romana.

Las leyes romanas definían la propiedad (*Jus utendi, et abutendi re sua*) diciendo que es el derecho de *usar* y de abusar de las cosas poseídas, y sostienen que el propietario tiene «*Jus in re*,» que significa el derecho *en* la cosa; mientras que define la posesión «*Jus utendi*,» que significa el derecho al *uso* de la cosa y afirma como atributo de la misma «*Jus ad rem*,» el derecho á la cosa. El Código romano distingue, por tanto, terminantemente la propiedad de la posesión. Al propietario da el derecho absoluto sobre la cosa, para usar y abusar, mientras que al poseedor concede el derecho al uso de la cosa, para hacerla productiva.

Según la ley romana, la propiedad es un derecho, una facultad legal: el hombre es propietario en virtud de un convenio legal que le confiere el derecho de abusar de su propiedad.

El hombre es poseedor por el hecho de haber sido el primero en ocupar y usar de lo que posee. La posesión es, por tanto, un derecho natural. La propiedad es un derecho ficticio.

Esta distinción entre el uso y el abuso, la propiedad y la posesión, no ha sido mantenida ni en principio ni en la práctica. Nosotros trabajamos bajo leyes copiadas de los bárbaros, y si bien hemos eliminado un tanto el barbarismo que esas leyes tienden á perpetuar admirablemente, no hemos hecho otro tanto con esas mismas leyes; aun no nos hemos hecho cargo de la diferencia esencial que esas leyes reconocen y mantienen.

El propietario dispone de lo suyo durante su vida, y después de ella á su capricho. Si tiene una casa, puede dejarla desocupada, puede abandonarla. Puede dejar sus campos sin cultivo, y, por tanto, improductivos, mientras los demás carecen de hogar y de alimento; no necesita hacer uso de la cosa, pero sí tiene el derecho de abusar de ella. Nadie puede usar su propiedad, hacerla productiva, sin someterla á las condiciones por el mismo elegidas, y así puede vivir en la holganza, en el parasitismo sobre el trabajo de los que hacen productiva á su propiedad.

El poseedor, por el contrario, tiene simplemente el derecho de usar de la cosa poseída, la cual deja de pertenecerle tan pronto como deja de hacerla producir.

En el Japón el arriendo de la tierra descansa sobre este reconocido principio, la diferencia entre el uso y el abuso. Los que cultivan la tierra están obligados á conservarla en buenas condiciones, bajo pena de ser desposeídos.

¡Cuán diferente es el arriendo del suelo en los Estados del Sur de América, donde por el derecho de propiedad, los plantadores pudieron acabar con la fertilidad del suelo con gran detrimento de la nación!

Las devastaciones de los bosques en el Oeste es otro ejemplo de los abusos originados por la propiedad. Los males de este ejemplo no fueron reconocidos hasta que era ya demasiado tarde para evitar sus consecuencias. Si, pues, esto enseña á la burguesía americana que aquel dicho «*Después de nosotros el diluvio*» le es tan fatal como lo fué á la aristocracia francesa, la lección no será ciertamente infructuosa.

Es eminentemente injusto que un hombre cualquiera monopolice lo que no use, y el derecho de propiedad sobre la tierra está llamado á desaparecer ante la constante actividad é ilustración de los productores, lo cual está probado por el hecho de que cada paso que la humanidad da en el camino del progreso se manifiesta por una abreviación de los privilegios que este derecho ficticio confiere al propietario.

Cuando salió del estado salvaje el hombre, impelido por la necesidad, halló los medios de vivir solamente en el trabajo, y el derecho del primer ocupante fué una necesidad. La posesión, es decir, el uso de aquello que ocupó, de un simple *hecho* se convirtió en *ley*.

Puede, pues, decirse que cada hombre llegó á ser propietario del pequeño



pedazo de tierra que pudo cultivar y defender contra los ataques de los animales feroces y de los hombres más feroces aún.

Durante este periodo el hombre no conoció otra ley que la de la fuerza bruta; el fuerte subyugaba al débil y la propiedad se estableció en su forma más completa, la de la esclavitud.

Durante toda la antigüedad los prisioneros de guerra y los deudores insolventes eran esclavos según la ley; el propietario tenía un derecho absoluto sobre la tierra y el hombre; tenía el derecho de vida y muerte sobre su mujer, sus hijos y sus esclavos; por todo lo cual eran *sus cosas (re sua)* y podía usar y abusar de ellas á su antojo.

El sistema feudal, que acabó con la esclavitud, instituyendo en cambio la servidumbre, destruyó el derecho de propiedad sobre el hombre. El siervo ya no fué una cosa de la propiedad del hombre, pero pertenecía á la tierra con la cual era vendido y comprado. Esto vino á ser un progreso. El siervo tenía una familia; el esclavo no era más que un animal.

La aristocracia feudal fué vencida por la aristocracia comercial que, con la abolición del derecho de primogenitura, dió un golpe terrible á la propiedad, dictando leyes para la expropiación forzosa por causa de utilidad pública, para las hipotecas, corporaciones, responsabilidades, etc., cuya tendencia es transformar la propiedad individual, privada, en propiedad pública, colectiva, pero sobre todo convertir la servidumbre en asalariado; esto es, la esclavitud de la cosa en la esclavitud del salario.

Los que trabajan á jornal no son ciertamente libres; son esclavos industriales, puesto que no pueden producir sin un amo, llamado comunmente director, pero ya no son la *cosa* del hombre ni la *cosa* de la tierra; han conquistado su posición de dignidad relativa como hombres y como ciudadanos. Estas restricciones sucesivas del derecho de propiedad, estas limitaciones del abuso, no serán completas mientras no reduzcan el derecho de posesión asequible á todos, bajo absolutas y bien determinadas condiciones.

La asociación del capital, evidenciada por el poder creciente y la mayor arrogancia de las corporaciones ó colectividades, no es más que el preludio de la asociación del trabajo, que lleva á las masas productoras hacia la igualdad de condiciones con irresistible fatalidad. Está probado sin posibilidad de duda alguna, que los que poseen la tierra dirigen, gobiernan, monopolizan el uso de los demás elementos de la vida. La tierra, el aire, el agua y la luz están tan íntimamente ligados, que la propiedad exclusiva sobre uno de ellos se extiende á todos los demás, y ningún hombre tiene un derecho natural á reclamar como de propiedad privada una porción mayor que la que puede emplear de esos elementos para su propio uso y el de su familia. Es, pues, indudable, que la tierra, el aire, el agua y la luz son propiedad común, que pertenece de derecho á la humanidad constituida en sociedad ó Estado, como una fuente de bien público y no como origen de una renta en beneficio exclusivo de los terratenientes y sus familias.

### MISCELÁNEA

La riqueza nacional, acaparada por nuestra burguesía, se gravará este año, según el proyecto presentado por el gobierno, de la manera siguiente:

Los ingresos asciendan á 849.520,972 pesetas, los gastos á 852.885,670 pesetas y el déficit á 3.364,698 pesetas, figurando como ingreso extraordinario una partida de 40 millones de pesetas.

Detalles del presupuesto de gastos: Casa Real 9.350,000 pesetas; Cámaras 1.998,285; Deuda Pública 274.861,752; Cargas de justicia 2.167,441; Clases pasivas 50.209,728.

Ministerios: Presidencia 1.148,059; Estado 5.306,658; Gracia y Justicia 59.680,656; Guerra 158 306.403; Marina 44.572,322; Gobernación 29 142,222; Hacienda 22.792,370.

Gastos de las contribuciones y rentas públicas 89.014,716. Colonias: Fernando Póo 666,000.

Ingresos: Valores á cargo de la Dirección General de Contribuciones 262.500,932; Impuestos 134.723,000; Aduanas 135.000 000; Rentas estancadas 217.262,950; Propiedades 16.313,990; Ventas 17.065,100; Tesoro Público, secciones ordinarias, 22.655,000; extraordinarias 40.000,000.

Inmenso tesoro acumulado por el trabajo de un año que, juntamente con el repre-



sentado por los beneficios que retiren nuestros rentistas, industriales y comerciantes, imposible de determinar, representa la espoliación de que son víctimas los trabajadores.

---

Tomamos de nuestro apreciable é ilustrado colega *Le Revolté*:

«Los burgueses de Francia tratan de hacer creer á los trabajadores que la crisis que la industria sufre en la actualidad se debe al tratado de Francfort; este tratado, dicen, impide la introducción de mercancías francesas en Alemania y favorece la importación de mercancías alemanas.

»No es cierto. En primer lugar debe reconocerse que la crisis es universal; ha alcanzado á Inglaterra y los Estados-Unidos lo mismo que á Francia. La misma organización de la industria la produce. Mientras la explotación subsista la crisis se presentará periódicamente cada ocho ó diez años. Esas crisis, que hacen perecer un número infinito de familias obreras, son el único medio que tiene la industria capitalista para restablecer el equilibrio de lo que se llama producción excesiva.

»En cuanto al tratado de Francfort, aunque se rescindiera hoy, no cambiaría la situación en lo más mínimo. Tenía gran importancia para la naciente industria de Alemania; hoy carece de ella, porque en ese tiempo Alemania ha reformado por completo su industria; la ha modificado por completo para ponerla en aptitud de apropiarse todas las mejoras modernas de la ciencia técnica, y en este concepto Alemania ha adelantado, no sólo á Francia, sino también á Inglaterra; produce mejor y más económicamente que sus vecinos; hé ahí la causa de la concurrencia que les hace. Además al trabajador se le paga menos en Alemania, lo que no quiere decir que sea peor retribuido, porque las subsistencias son mucho más baratas que en Francia, donde todos los artículos pagan formidables impuestos. Con dos francos diarios el trabajador alemán vive mejor que el francés con tres, y el tratado de Francfort nada tiene que ver con esto.

»Francia no necesita nuevos mercados; tiene diez y ocho millones de labradores que carecen de lo estrictamente necesario. Cuando se arroje del país la inmundicia burguesa, el obrero francés no tendrá necesidad de buscar alemanes á quienes vender sus productos.

»El mal es el burgués, no el tratado de Francfort.»

---

La Academia de la Historia ha determinado dar muestras de vitalidad, y al efecto nos prepara una Historia de España, y dicese que el reparto de los trabajos se ha hecho en la siguiente forma: el Sr. Menéndez Pelayo escribirá sobre las fuentes bibliográficas; el Sr. Saavedra, sobre la geografía física de España; el Sr. Rada y Delgado, en colaboración con el Sr. Vilanova, la prehistoria y la geología; de los primeros pobladores y de los reyes cristianos, los Sres. Fernández Guerra, Fabié y otros; de la dominación árabe, los Sres. Codera, Gayangos y Fernández y González; el reinado de los Reyes Católicos, el Sr. Balaguer; el de Carlos I, el Sr. Gayangos; el de Felipe II, D. Alejandro Llorente; los de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, D. Antonio Cánovas del Castillo; el de Felipe V y el de Fernando VI, el marqués de Molíns; el de Carlos III, D. Manuel Danvila, y el de Carlos IV y el de Fernando VII, el general Arteche.

De este modo tendremos una historia oficial, y por poco que la Academia se enamore de su obra será hasta dogmática; y si los trabajos estuviesen más adelantados, hasta correríamos el peligro de que en la reforma del Código penal, que nuestros legisladores llevan entre manos, se consignara como delito penable con prisión correccional la negación de alguna afirmación académica, como por ejemplo la participación de Santiago en la batalla de Clavijo.

Si la autoridad es inicua como representante de la justicia, cuando se propone enseñar es ridícula.

Ridiculez é iniquidad son los atributos esenciales de la autoridad ante la rectitud de la justicia.

---

En un diario local encontramos la siguiente noticia telegráfica:

«En el Congreso el Sr. Ferratges ha pedido que se cumplan las leyes relativas á la limitación de las horas de trabajo en las fábricas para la protección de los niños que trabajan en las mismas. El ministro de Fomento ha dicho que se cumplirán las leyes y que presentará otra reformando la clase obrera.»

Tres cosas graves hay en la noticia, que, si son indiferentes para los que piensan y



sienten con inteligencia de burgués, no pueden pasar desapercibidas para los ácratas que no tienen de ese modo atrofiadas sus facultades morales.

1.<sup>a</sup> Un legislador que pide que se cumplan las leyes. Como quien dice: que no resulte probado que legislando se pierde el tiempo.

2.<sup>a</sup> Un miembro responsable del poder ejecutivo que, aunque tiene como misión hacer que las leyes se cumplan, reconoce que anda descuidado al cumplimiento de su deber, y para atenuar la falta promete que ya cuidará de eso más adelante: como quien pretende demostrar que aún le queda un resto de pudor apelando á una fórmula hipócrita.

3.<sup>a</sup> El mismo ministro que promete presentar un proyecto de reforma de la clase obrera: como si fuera posible modificar los efectos de una injusticia sin alterar las causas que la producen.

Cada uno de estos puntos evidencian que la autoridad es incapaz de producir la justicia social y ni siquiera de llenar el objeto que se propone, y ponen además de manifiesto que nuestros gobernantes y legisladores han llegado al último grado de la incapacidad y hacen ya gala de un repugnante cinismo.

Tenemos especial complacencia en reproducir las siguientes declaraciones hechas en el Senado por el Dr. Letamendi:

«Deber supremo de un Estado liberal es trabajar sin descanso en el perfeccionamiento de la administración de justicia, ya que el liberalismo ni puede honestamente atribuirse más origen que el justo anhelo de desamortizar los beneficios del derecho, convirtiéndolos de vínculo de casta en patrimonio común, ni tiene más porvenir que aquel que su virtud y perseverancia en el logro de tan humanitario empeño le deparen. Y como quiera que á este fin no bastan los cambios meramente formales, puesto que en punto á formalismo el mundo antiguo lo dejó ya todo descubierto, instituido, y además desacreditado, resulta que la única originalidad á que el liberalismo puede aspirar en la historia consiste en la reforma sustantiva, íntima, de todo aquello—personas y cosas, procedimientos y costumbres—en que la justicia se encarna y realiza.»

Precisamente porque el Estado *liberal* no trabaja *sin descanso* en el perfeccionamiento de la administración de justicia ni de nada, y porque el liberalismo político no desvincula los privilegios de casta, faltando *deshonestamente* á su origen, los ácratas consideran al Estado como una rémora, y quieren deshacerse de semejante estorbo para que el liberalismo alcance su aspiración, que consiste en la reforma sustantiva, íntima, de todo aquello—personas y cosas, procedimientos y costumbres—en que la justicia se encarna.

De nuestro ilustrado colega *Le Socialiste*, de París, tomamos los siguientes datos, que recomendamos á los sabios economistas del Ateneo Barcelonés:

*Crédito gratuito.*—La compañía de Bessègues ocupa unos cinco mil obreros, cuyo jornal diario, por término medio, puede evaluarse en 4 francos, lo que representa diariamente 20,000 francos y, trimestralmente, 1.800,000 francos. A 5 % dan un interés de 22,500 francos. Pagando trimestralmente los explotadores se embolsan, pues, cuatro veces esa cantidad; ó sea  $22,000 \times 4 = 88,000$ . No deja de ser ingeniosa la combinación.

Eso es crédito gratuito.—El único crédito gratuito que existe en la sociedad.

*La Acumulación del capital.*—A dar fe á las lamentaciones de la prensa burguesa, la influencia de la crisis ha causado la desaparición del exceso de valor: los beneficios han caído en una pequeñez ridícula, el capitalista trabaja en pura pérdida, se come su capital, y los únicos que disfrutan de un ingreso seguro son los obreros, *esos favoritos de la civilización*, cuya avidez no se ve jamás satisfecha. Así hablan y escriben los modernos economistas.

Pueden ir mal los negocios; pueden los obreros sufrir paros que les sumerjan en los horrores de la miseria, pueden multitud de industriales y comerciantes caer en los abismos de la ruina y de la bancarrota; pero eso no impide al capital acumularse.

El *Economista*, de Lóndres, ha tratado de conocer la cantidad de capital colocado en Inglaterra desde 1875 á 1885. Según una evaluación aproximada, hecha sobre las listas de las contribuciones, resulta que en esos diez años, el capital inglés ha aumentado al menos por 1,500 millones de libras esterlinas, ó sea 37,000 millones y medio de francos.

Así pues, la baja de los beneficios no impide el aumento del capital, que, en lugar



de esparcirse por toda la nación se acumula cada vez en menor número de poseedores y amenaza llevar al campo proletario á muchos burgueses que hoy combaten al socialismo por egoismo y por ignorancia.

### BIBLIOGRAFIA

**La fortuna de los Rougon**, novela de E. Zola, editada por «El Cosmos».—Es, como todos sus libros, un concienzudo estudio de la sociedad francesa, una exposición brillante de las mezquindades é infamias de los partidos y de las clases, de los grandes y de los pequeños. Esta novela es la primera de la serie que con el título de *Los Rougon-Macquart* ha publicado Zola. Sin haberla leído, no se comprenden bien *Su excelencia Eugenio Rougon*, *La Ralea*, *Nana* y otras magníficas producciones del autor. Estudia en todas ellas la ley de la herencia, de tal forma, que más bien desarrolla un principio científico,—fisiológico, patológico y psicológico,—que escribe una novela. La de que tratamos que, según el mismo autor, científicamente debiera titularse *Los orígenes*, comienza con la caída de la República y el triunfo del Imperio. Sobre la sangre de ciudadanos honrados, sobre la ruina de muchas familias se encumbra y enriquece una de las ramas de los Rougon-Macquart. Y así es como empieza su magnífica fotografía de la escandalosa época del segundo imperio. Revela en este libro Zola sus opiniones materialistas con tal fuerza, que no puede dudarse ni un momento de ellas. Además plantea el problema de la legitimidad de la familia y, si bien no lo resuelve, pinta con mano maestra las miserias á que da lugar esa distinción inicua de hijos legítimos y naturales á la par que sigue cuidadosamente las influencias de la sangre y de la educación sobre cada una de estas familias que, procediendo de un mismo origen, son, socialmente por un lado, y materialmente por otro, de todo en todo distintas y contrarias.

Como obra literaria no desmerece nada de las otras del mismo autor y aun se observa en ella cierto esmero y cuidadoso afán por presentar en la mejor forma posible, aunque salvando siempre la verdad, todas las nauseabundas asquerosidades del tiempo de Napoleón III.

La traducción excelente.

### MOVIMIENTO SOCIAL

**S**ABIDO es que toda represión es absolutamente contra-productiva.

Esta verdad ha quedado demostrada una vez más en Alemania con motivo de las últimas elecciones.

En las elecciones generales de 1884 los candidatos socialistas en aquel país obtuvieron 549,000 votos; en las que acaban de verificarse han alcanzado 1.100,000. La propaganda socialista ha sido puesta en Alemania fuera de la ley. Sin embargo, el socialismo alemán prospera y pesa cada día más en la balanza electoral. ¿Cómo y por qué medios crece en la sombra y en la noche, ya que la ley no le permite propagarse públicamente?

Hé aquí algunas noticias interesantísimas respecto á la organización secreta de los socialistas alemanes que hallamos en la prensa política:

«No existe una dirección central permanente del partido socialista. Al verificarse unas elecciones para el Parlamento alemán, se constituye un comité central electoral; pero ese comité no forma parte de la organización secreta del partido. Los socialistas de cada circunscripción electoral constituyen asociaciones independientes; sociedades de canto, clubs para fumar, reuniones de amigos de varias clases.

»Para ser admitido en la asociación, se necesita ser presentado por otro asociado, por lo menos. Antes de acordar la admisión, la sociedad se procura noticias precisas sobre las condiciones personales del aspirante.

»Un día el neófito, considerado ya definitivamente como afiliado, recibe bajo el sello del secreto un billete en que se le invita á encontrarse á cierta hora en un punto que se le designa. Allí irán á buscarle para conducirlo á una reunión. El lugar en que se celebran estas reuniones varía constantemente. En verano se prefieren sitios apartados en los bosques ó á campo raso: en invierno se alquilan salones para una noche, sin que el propietario se aperciba del color político de las personas que los toman.

»El número de las personas que asisten á estas reuniones no excede jamás de treinta.

»Un capitán manda de cinco á diez individuos. El capitán recibe regularmente cada semana los escritos prohibidos y los distribuye á los hombres de confianza que los ha-



cen llegar á su destino. Como siempre se ve, los hombres de confianza se hallan más expuestos á ser sorprendidos por la policía que los capitanes. Estos permanecen en la sombra. Una vez nombrados dejan de formar parte en las reuniones de que hemos hablado anteriormente. Son de derecho presidentes de un distrito de la circunscripción electoral en que residen. Los capitanes forman el comité electoral de la circunscripción. Este comité elige un administrador de depósito, un corresponsal, un cajero, un sustituto eventual para cada uno de esos funcionarios, y por último, revisores. En las grandes poblaciones, donde los socialistas son muy numerosos, los capitanes eligen además entre los individuos de su comité un representante delegado cerca del comité central local y un individuo de la comisión de la prensa.

»Cada uno de tales funcionarios queda encargado de una misión especial que se halla indicada por el nombre que llevan.

»El administrador del depósito dirige el depósito de escritos socialistas que el partido constituye en cada circunscripción electoral, y entrega á los capitanes las revistas, los folletos y los periódicos que pidan. El corresponsal envía al periódico *El Demócrata Socialista* una relación de los principales sucesos de la circunscripción. El cajero es elegido con un cuidado particular, porque debe merecer absoluta confianza. En sus libros se expresan con cifras los nombres de los capitanes y de los hombres de confianza. No debe haber jamás en caja más de 300 marcos, enviándose al extranjero las cantidades que exceden de aquella suma.

»Los capitanes de cada circunscripción se reúnen semanalmente para deliberar sobre los asuntos del partido, examinar cuentas, etc.

»En Berlín cada comité elige un representante. Los representantes de todas las circunscripciones electorales forman el comité central de Berlín.

»Cuando los socialistas de Berlín creen útil publicar un nuevo folleto, proceden del modo siguiente. El representante del comité de los capitanes de una circunscripción electoral, propone al comité central la redacción y la publicación de un folleto. En su vista el comité central acuerda la siguiente resolución:

»Tal ó cual día aparecerá en Berlín tal ó cual folleto, ó tal ó cual hoja, distribuyéndose 100,000 ejemplares á las siete de la tarde.

»Cada representante (son nueve, porque los socialistas han dividido á Berlín en nueve circunscripciones) recibe 12,000 ejemplares. El representante los divide entre sus capitanes, y como éstos son diez por circunscripción, cada capitán recibe 1,200 ejemplares.

»Los capitanes los distribuyen á sus hombres de confianza, y como por término medio son cinco los hombres de confianza colocados bajo las órdenes de un capitán, cada hombre de confianza recibe 240 ejemplares.

»Los actos del comité central de Berlín son examinados por una asamblea que se reúne periódicamente. Esta asamblea se compone de delegados nombrados por los capitanes de todas las circunscripciones. Le corresponde la dirección suprema de los socialistas de Berlín; sus individuos son llamados encargados de negocios; son nombrados para poco tiempo, y reemplazados con frecuencia.

»Los Congresos forman un detalle esencial de la organización del socialismo. El último Congreso de los socialistas alemanes se reunió en Copenhague el 2 de Abril de 1883.

»Las colectas hechas entre los socialistas producen siempre sumas de consideración. Los individuos del partido que se quejan constantemente de las cargas intolerables que el Estado les impone, responden con un entusiasmo inagotable á las peticiones de dinero de sus jefes.»

Tal es, á grandes rasgos, la organización del partido socialista, que constituye quizá el mayor peligro para el imperio alemán, formado de ese modo por los obstáculos que le opone la autoridad, del mismo modo que la corriente de un río se adapta á los accidentes del terreno por donde tiene su cauce.

#### ADMINISTRACIÓN

Tienen pagada su suscripción hasta fin de Junio A. F., Sueca; A. C., Valencia; A. F., F. C., J. C., F. F., J. F., C. F., P. G., F. G., F. G., M. M., A. G., E. U., S. M., M. U., F. N., B. P., A. S., J. V., J. V., V. S., J. T., J. T., Sabadell; R. C., A. N., F. V., Reus; M. C., R. P., M. S., Sevilla; J. C., R. C., R. Q., Carme; F. C., E. V., Azalcollar; J. C., Capellades; P. G., Vendrell; M. G., Avilés; T. G., Linares; M. I., G. R., A. S., T. V., C. Z., Valladolid; J. M., Villanueva y Geltrú; S. P., Palamós; M. P., Bilbao; A. P., R. R., A. V., Ferrol; V. P., Benicarló; J. R., Manlleu; F. R., Palma; B. R., Paradas; E. R., Vitoria; A. T., Granollers. ● Tiene pagado hasta fin de año B. S., Sallent. ● Se ruega á todos los suscritores satisfagan á la mayor brevedad posible el importe de sus suscripciones.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.